

Base Bíblica del Ministerio de la Mujer – Parte 1

La declaración de Pedro

Hechos 2:14-21

Decir que la cultura del antiguo Cercano Oriente era dominada por los hombres sería quedarse corto. En muchas sociedades, las mujeres carecían de derechos, así que al abrir la Biblia y leer sobre la función significativa que desempeñaron ciertas mujeres en la historia de Israel, reconocemos que la perspectiva bíblica sobre las mujeres siempre ha sido radicalmente diferente a la de otras religiones de su época. Basta con leer el relato de la creación para comprender la dignidad e igualdad que Dios otorgó originalmente tanto al hombre como a la mujer. Él los creó a ambos a Su imagen (Génesis 1:26-27) y paseó con ambos en el jardín al “aire del día” (Génesis 3:8). En el relato de la creación no hay ningún concepto de que las mujeres sean inferiores a los hombres en sus capacidades espirituales. Posteriormente, el pecado dañó la relación que estos primeros seres humanos tenían con Dios y entre sí, pero Dios nunca abandona Sus propósitos originales porque todo lo que Él desea es perfecto e insuperable. A medida que el relato bíblico progresa, descubrimos que, aunque el pecado intervino, Dios nunca discontinuó Su propósito original. Simplemente lo logró de otra manera. La cruz fue la piedra angular que lo hizo posible.

Aunque la Biblia registra solo unos pocos ejemplos de mujeres que ejercieron liderazgo espiritual sobre hombres, debido a que esos pasajes fueron escritos en un contexto cultural dominado por los hombres, cobran mayor significado para nuestra discusión. Exponen el corazón de Dios. Es importante señalar que la Biblia reconoció claramente que hubo mujeres que lideraron al pueblo de Dios y sirvieron en el oficio de profeta (profetisa). Y los escritores bíblicos no se avergonzaron de exponer ni ocultar que Dios mostró Su aprobación hacia estas mujeres empoderando sus ministerios. Vemos con claridad que fueron escogidas para liderar; no estaban fuera de lugar, ni sus ministerios eran falsos en absoluto. Aquí, veremos algunos ejemplos de estas mujeres:

~ María, hermana de Moisés, era llamada «la profetisa» (Éxodo 15:20) y fue una de las tres líderes principales que Dios envió delante de Israel para sacarlos de Egipto (Miqueas 6:4).

~ Débora, profetisa, se sentó bajo una palmera entre Ramá y Betel, “y los hijos de Israel acudieron a ella para juicio” (Jueces 4:4-5). Barac, líder del ejército de Israel, se sometió a su autoridad porque reconoció su don y su llamado (Jueces 7:6-9). En el cántico que Débora y Barac cantaron para evocar la victoria que Dios les dio sobre sus enemigos, Débora declaró que el pueblo de Israel tenía miedo de viajar por su propia tierra “hasta que yo me levante. ¡Yo, Débora, me levante como una madre en Israel!” (Jueces 5:7).

~ Cuando Hilcías, el sumo sacerdote, en el año 621 a. C. descubrió el libro perdido de la Ley, el rey Josías decidió consultar al Señor a través de la profetisa Hulda, quien aconsejó tanto al sumo sacerdote como al rey sobre su futuro (2 Reyes 22:14-20).

~ Ester, una mujer judía que llegó a ser reina del imperio persa, salvó la vida de su pueblo gracias a su valentía y estableció los días 13 y 14 de Nisán como días festivos para la nación que celebraría su liberación. La fiesta de Purim continúa siendo celebrada hasta el día de hoy.

~ Isaías describió a su esposa como “la profetisa” (Isaías 8:3), mostrando una plena aceptación de su don y su llamado.

Cada uno de estos puntos representa un desafío para aquellos que interpretan ciertos pasajes del Nuevo Testamento de manera que prohíben a las mujeres liderar a los hombres y afirman que no tienen derecho a hablar públicamente en un servicio en el que estén presentes. El contraste entre esa interpretación y estas mujeres del Antiguo Testamento es evidente. ¿Cómo es posible que el Antiguo Pacto celebre a las mujeres líderes mientras que se dice que el Nuevo Pacto, establecido por Jesús, elimina incluso la libertad que el Antiguo Pacto les otorgaba a las mujeres? Uno esperaría que la libertad y dignidad que Jesús ha restaurado a todos Sus seguidores impulsaran a las mujeres a una mayor dimensión en el ministerio, no a subordinarlas aún más.

La raíz de este problema radica en que hay pasajes en el Nuevo Testamento que, si se leen sin investigar las situaciones pastorales que pretendían abordar, parecen cerrar la puerta a cualquier forma de liderazgo femenino más allá del cuidado de otras mujeres o niños. Por lo tanto, a medida que avancemos en nuestro estudio, examinaremos esos pasajes e intentaremos responder algunas de las preguntas importantes que plantean.

¿Estuvo de acuerdo Pablo con Pedro respecto a la profecía de Joel?

Según Joel 2:28-31, una de las maravillas que acompañaría la llegada del “día del Señor” sería el derramamiento del Espíritu Santo sobre todo el pueblo de Dios, hombres y mujeres por igual, y esa impartición los transformaría en ministros llenos del poder del Espíritu. En el día de Pentecostés, Pedro cita a Joel:

“Y en los últimos días —dice Dios—, derramaré de mi Espíritu sobre toda la humanidad; y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, vuestros jóvenes verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños; aun sobre mis siervos, tanto hombres como mujeres, derramaré de mi Espíritu en aquellos días, y profetizarán” (Hechos 2:17-18).

Cuando llegara ese día, el Espíritu produciría niveles sobrenaturales de ministerio en los creyentes, incluyendo profecía, sueños proféticos y visiones. Y esa promesa coincide perfectamente con un tema recurrente en la Biblia: que el deseo de Dios es que Su pueblo se convierta en “un reino de sacerdotes” (Éxodo 19:6; 1 Pedro 2:5, 9; Apocalipsis 1:6; 5:10). Su meta es que muchas más personas ministren, no que el ministerio se limite a unos pocos. La perspectiva especial que la profecía de Joel nos brinda sobre el plan de Dios es exponer que antes de la tribulación final y el regreso de Cristo, Dios otorgará dones proféticos a todo Su pueblo, sin importar su género o edad.

La profecía tiene autoridad por naturaleza. Se expresa para que otros puedan escuchar y obedecer. Esencialmente, es Dios hablando a través de un ser humano. Por lo tanto, en ese momento, quien

profetiza está guiando a quienes habla. Si la Biblia dice que una mujer profetiza a una nación, a un rey o a una iglesia, entonces reconoce que lo hace desde una posición de autoridad espiritual. Se ha convertido en la representante de Dios en esa situación, y la profecía de Joel dice que Dios tiene la intención de otorgar ese don a todo Su pueblo, tanto a mujeres como a hombres, antes de los acontecimientos finales de los últimos días (Joel 2:30-3:3). En el día de Pentecostés, el apóstol Pedro dijo que ese día había llegado. Leamos lo que dice en Hechos 2:

“Entonces Pedro, con los once, se puso de pie y dijo a voz en cuello: ‘Compatriotas judíos y todos ustedes que están en Jerusalén, déjenme explicarles lo que sucede; presten atención a lo que voy a decir. Estos no están borrachos, como suponen ustedes. ¡Apenas son las nueve de la mañana! En realidad, lo que pasa es lo que anunció el profeta Joel: Sucederá que en los últimos días —dice Dios—, derramaré mi Espíritu sobre todo ser humano. Los hijos y las hijas de ustedes profetizarán, tendrán visiones los jóvenes y sueños los ancianos. En esos días derramaré mi Espíritu aun sobre mis siervos y mis siervas, y profetizarán. Arriba en el cielo y abajo en la tierra mostraré prodigios: sangre, fuego y nubes de humo. El sol se convertirá en tinieblas y la luna en sangre antes que llegue el día del Señor, día grande y esplendoroso. Y todo el que invoque el nombre del Señor será salvo” (Hechos 2:14-21 NVI).

Diez días después de la ascensión de Jesús al cielo, unos 120 creyentes se reunieron en un aposento alto para orar (Hechos 1:13-15; 2:1). Era el día en que la nación de Israel celebraba la Fiesta de Pentecostés, lo que significaba la dedicación a Dios de la nueva cosecha de trigo. Lucas menciona que este grupo de discípulos incluía mujeres, una de las cuales era María, la madre de Jesús (Hechos 1:14). Dice que cuando “estaban todos reunidos en un mismo lugar” (Hechos 2:1), el Espíritu Santo descendió sobre ellos repentina y poderosamente. Primero, oyeron un sonido del cielo que parecía venir hacia ellos como si fuera arrastrado por una fuerte ráfaga de viento, y luego ese sonido llenó la casa donde estaban sentados. Luego, vieron lo que parecían ser llamas de fuego flotando sobre la cabeza de cada persona, y ese simbolismo habría sido significativo para los judíos que habían aprendido la Torá desde su niñez. Esas “lenguas de fuego” eran señal de que el Espíritu Santo había venido a morar en ellos. Así como la columna de nube y fuego había proclamado que la presencia de Dios habitaba en el tabernáculo en el desierto (Éxodo 40:34-38), esas llamas sobre cada cabeza significaban que estos discípulos se habían convertido en “tabernáculos” vivientes en los que moraba el Espíritu. Y lo que Lucas registra a continuación demostró que, esto fue lo que efectivamente había sucedido. Todos comenzaron a proclamar las “maravillas de Dios” en idiomas foráneos que nunca habían aprendido, y mientras lo hacían, una multitud de peregrinos de muchas naciones diferentes se reunió a escuchar. Algunos malinterpretaron el evento espiritual que estaban presenciando y asumieron que los discípulos estaban ebrios. Otros, confundidos, preguntaron: “¿Qué significa esto?”. Sus comentarios impulsaron a Pedro a ponerse de pie y dirigirse a la multitud de miles. Sin la menor vacilación, les dijo que lo que veían no era resultado de embriaguez, sino la llegada de la nueva era del Espíritu prometida por el profeta Joel. Citó Joel 2:28-31, y no hay duda de lo que dijo ese día: Anunció que habían llegado los “últimos días” en los que el Espíritu sería derramado sobre hombres y mujeres, jóvenes y ancianos (Hechos 2:16).

Por eso estos hombres y mujeres profetizaban de manera tan milagrosa. Luego, advirtió a la multitud que se les estaba dando la oportunidad de arrepentirse e invocar el nombre del Señor (Hechos 2:21). que, según él, es Jesucristo (Hch 2:38). Y afirmó que, si lo hacían, recibirían el mismo don del Espíritu Santo. Aseguró que la promesa de Joel era ofrecida por Dios a todos ellos, incluyendo a sus hijos, y que continuaría siendo dada a todos los que en el futuro escucharan el evangelio e invocaran el nombre de Jesús (Hch 2:39).

Aplicación

Si reconocemos que Pedro fue inspirado por el Espíritu para anunciar “esto es lo que anunció el profeta Joel...” (v. 16), entonces también debemos reconocer que en ese momento Dios comenzó una nueva etapa de Su obra en la tierra. A medida que avanzamos en el libro de los Hechos, se hace evidente que los apóstoles (incluso Pablo) no consideraron que la profecía de Joel en Pentecostés fuera un acontecimiento único; Lo vieron como el comienzo de un nuevo potencial espiritual para todos los creyentes (Hechos 2:39; 4:31; 8:14-17; 10:44-48; 11:15-18; 19:1-7). El poder del Espíritu Santo para el ministerio sobrenatural estaba dándose a todo el pueblo de Dios sin discriminación: hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, por igual. Y esperaban que esta disponibilidad e inclusión continuaran hasta “el día grande y glorioso del Señor” (Hechos 2:20).

Estos dos pasajes bíblicos (Joel 2:28-31 y Hechos 2:14-21) presentan un desafío para quienes afirman que el apóstol Pablo prohibió que las mujeres ministraran en cualquier reunión que incluyera hombres. Porque si eso fuera cierto, significaría que Pablo rechazó el anuncio que Pedro hizo el día de Pentecostés; significaría que Pablo creía que la profecía de Joel aún no había llegado. Este punto debe quedar muy claro, porque si fuera cierto que Pedro y Pablo discrepaban sobre una revelación tan importante de la Biblia, quienes leemos el Nuevo Testamento nos veríamos obligados a elegir entre seguir a Pedro o a Pablo en este asunto. Y esa sugerencia contradice inmediatamente el hecho de que Dios inspiró cada palabra de la Biblia. Por lo tanto, no hay contradicción entre las enseñanzas de estos dos grandes apóstoles. Podemos estar absolutamente seguros que Pablo no rechazó la declaración que Pedro hizo de la profecía de Joel, sino que estuvo completamente de acuerdo en que la era prometida del Espíritu Santo había llegado, que hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, estaban capacitados para el ministerio. Como pronto veremos, las exhortaciones de Pablo a las mujeres a “guardar silencio” en los servicios religiosos (1 Corintios 14:34) y a “no enseñar ni ejercer autoridad sobre el hombre, sino guardar silencio” (1 Timoteo 2:12) no eran una negación a reconocer el potencial espiritual de la mujer, sino soluciones pastorales a problemas específicos que enfrentaban aquellos a quienes les escribía.

En la siguiente sección de nuestro estudio examinaremos dos pasajes referentes a las mujeres que se encuentran en la primera carta de Pablo a los Corintios.

Base Bíblica del Ministerio de la Mujer – Parte 2

Pastoreando la iglesia de Corinto

1 Corintios 11:2-16; 14:33-35

Pablo fue el pastor fundador de la iglesia en Corinto. Permaneció con ellos durante el primer año y medio de su existencia, y fue a través de él que aprendieron las verdades básicas del cristianismo. Ese año y medio había sido lo suficientemente largo para conducirlos al evangelio y al poder del Espíritu Santo, pero no lo suficiente para desarrollar un núcleo sólido de creyentes maduros. Así que después que Pablo se fuera, sus enseñanzas comenzaron a ser distorsionadas. La gente recordaba las palabras que decía, pero olvidó por qué las decía. Ciertas declaraciones fueron sacadas de contexto y utilizadas para justificar actitudes y comportamientos que él nunca habría aprobado si hubiera estado presente. Es por eso que, al leer esta carta, reiteradamente lo escuchamos lidiar con los informes que había recibido acerca de ellos y tratando de corregir sus malentendidos. Él los estaba pastoreando a la distancia, y en los capítulos 11 al 14 lo escuchamos centrándose en cuatro problemas que estaban ocurriendo cuando se reunían para adorar: 1) cabezas descubiertas; 2) comunión egoísta; 3) hablar en lenguas caóticamente; y 4) conversaciones triviales disruptivas. Cada uno de ellos debe haber sido un patrón de comportamiento lo suficientemente consistente como para dañar sus servicios y su reputación. Así que, tema por tema, lo escuchamos corregir cada uno de ellos. Él explica por qué su conducta era incorrecta y les señala el principio espiritual que los guiaría hacia el comportamiento correcto. Su objetivo era que sus reuniones reflejaran el carácter de Dios de tal manera que la comunidad incrédula respetara a la iglesia. Los visitantes debían poder asistir a sus servicios y no escandalizarse por comportamientos socialmente vergonzosos, groseramente desamorados, atterradoramente caóticos o por distracciones disruptivas. Pero cuando Pablo escribió esta carta, una porción de la iglesia de Corinto estaba haciendo cada una de esas cosas. Así que les enseñó pacientemente cómo actuar correctamente cuando se reunían para adorar.

Discernir el propósito general de esta sección de la carta de Pablo nos ayudará a entender por qué aborda estos temas en particular y qué cambios está tratando de producir. El peligro que surge cuando perdemos de vista su propósito general es que generalizamos comentarios que pretendían ser correcciones pastorales a problemas específicos. Sin reconstruir el problema que estaba corrigiendo, no podemos interpretar cabalmente su solución. Y debido a que, muchas veces este paso se ha evadido, se ha causado un gran daño en cada una de estas áreas. Las interpretaciones erradas han llevado a métodos duros y legalistas que todavía dañan a la iglesia actual. Y ninguna parte de la iglesia se ha visto más afectada por ellos como las mujeres. Creyendo que el apóstol prohíbe que las mujeres hablen en la iglesia, quienes creen en la Biblia se han sentido forzados a descalificar a las mujeres en la mayoría de las áreas del ministerio. En esta sección de nuestro estudio examinaremos dos pasajes de la carta de Pablo a los Corintios que son el centro de esta discusión.

¿Permitió Pablo que las mujeres oraran y profetizaran en 1 Corintios capítulo 11 para luego prohibirles hablar en la iglesia en el capítulo 14?

Para comenzar, repasemos lo que dijo en 1 Corintios 11:

“Los elogio porque se acuerdan de mí en todo y retienen las enseñanzas, tal como se las transmití. Ahora bien, quiero que entiendan que Cristo es cabeza de todo hombre, mientras que el hombre es cabeza de la mujer y Dios es cabeza de Cristo. Todo hombre que ora o profetiza con la cabeza cubierta deshonra al que es su cabeza. En cambio, toda mujer que ora o profetiza con la cabeza descubierta deshonra al que es su cabeza; es como si estuviera rasurada. Si la mujer no se cubre la cabeza, que se corte también el cabello; pero si es vergonzoso para la mujer tener el pelo corto o la cabeza rasurada, que se la cubra. El hombre no debe cubrirse la cabeza, ya que él es imagen y gloria de Dios, mientras que la mujer es gloria del hombre. De hecho, el hombre no procede de la mujer, sino la mujer del hombre; ni tampoco fue creado el hombre a causa de la mujer, sino la mujer a causa del hombre. Por esta razón y a causa de los ángeles, la mujer debe llevar sobre la cabeza señal de autoridad. Sin embargo, en el Señor, ni la mujer existe aparte del hombre ni el hombre aparte de la mujer. Porque, así como la mujer procede del hombre, también el hombre nace de la mujer; pero todo proviene de Dios. Juzguen ustedes mismos: ¿Es apropiado que la mujer ore a Dios sin cubrirse la cabeza? ¿No enseña el mismo orden natural de las cosas que es una vergüenza para el hombre dejarse crecer el cabello, mientras que es una gloria para la mujer llevar cabello largo? Es que a ella se le ha dado su cabellera como velo. Si alguien insiste en discutir este asunto, tenga en cuenta que nosotros no tenemos otra costumbre ni tampoco las iglesias de Dios” (1 Corintios 11:2-16 NVI).

Parece que fue la confusión, y no la rebelión, la razón por la que algunas mujeres en Corinto dejaron de cubrir su cabeza con un velo durante los servicios en la iglesia. Al comenzar esta sección de su enseñanza con la afirmación: “Los elogio porque se acuerdan de mí en todo y retienen las enseñanzas, tal como se las transmití” (v. 2), Pablo indica que los creyentes intentaron obedecer, pero habían malinterpretado algunos de los principios que les había enseñado. No dice qué principio causó el malentendido que va a abordar, pero pudo haber sido una aplicación excesivamente entusiasta de la verdad de que los creyentes “en Cristo” están exentos de observar los requisitos de la ley de Moisés. Sin duda, Pablo les había enseñado las mismas verdades que a las iglesias de Galacia, y el siguiente pasaje bien podría contener la verdad que intentaban vivir:

Así que la Ley vino a ser nuestro guía encargado de conducirnos a Cristo, para que fuéramos justificados por la fe. Pero ahora que ha llegado la fe, ya no estamos sujetos al guía. Todos ustedes son hijos de Dios mediante la fe en Cristo Jesús, porque todos los que han sido bautizados en Cristo se han revestido de Cristo. Ya no hay judío ni no judío, esclavo ni libre, hombre ni mujer, sino que todos ustedes son uno solo en Cristo Jesús. (Gálatas 3:24-28 NVI).

Si bien es cierto que la ley, al mostrarnos nuestra incapacidad para obedecerla, nos ha llevado a confiar solo en Cristo como nuestra justicia, todavía existen normas sociales que debemos observar

para no ofender innecesariamente a la cultura en que vivimos. Al quitarse el velo que tradicionalmente cubría sus cabezas, algunas mujeres de la iglesia de Corinto, inadvertidamente estaban haciendo una declaración social involuntaria.

11:3: Dirigiéndose a ellas como su pastor, Pablo las instruye a restringir esta parte de su libertad para no ofender innecesariamente a sus esposos o tentar a alguien vulnerable. Para entonces, en su carta, ya había aplicado a diversas situaciones el tema de los creyentes que restringen su libertad para beneficio de otros (1 Corintios 6:7; 8:9-13; 9:5-6, 12, 19-23; 10:23-11:1). Ahora enumera varias razones por las que una mujer debe cubrir su cabeza con un velo. La primera razón se basa en el orden que Dios estableció en Su universo. Pablo apela al hecho de que Dios creó ciertos roles que se aplican incluso a la relación entre Dios Padre y Jesús, Su Hijo. Al usar el ejemplo del Padre y el Hijo, nos muestra el espíritu en el que deben funcionar estas relaciones. Cada uno debe estar henchido del mismo amor y honor que el Padre y el Hijo se demuestran mutuamente. La palabra “cabeza”, como la usa aquí, la explica mejor el propio Pablo. Puede tener varias aplicaciones, pero según su explicación en los versículos 8-12, lo más probable es que la palabra “cabeza” se use para referirse a la fuentes de algo, en este caso, la fuente de la existencia de otro. De esta idea se desprende que la persona que proviene de otro tiene como propósito honrar a su fuente. Al decir “Cristo es la cabeza del hombre”, afirma que Adán fue formado del polvo por el Hijo pre-encarnado (Génesis 2:7; Jn 1:3, 10; 1 Corintios 8:6; Hebreos 1:2), y, por lo tanto, todos sus descendientes tienen como propósito honrar a Cristo. Al decir “el hombre es la cabeza de la mujer”, se refiere a la creación de Eva. Dado que el Hijo pre-encarnado tomó una costilla de Adán y formó a la mujer, Adán se convirtió en la fuente física de Eva (Génesis 2:21-24). Ella debía ser su compañera y ayuda para completar lo que le faltaba (Génesis 2:18). Aquí debemos notar que el evento de la creación en Génesis describe la formación de un esposo y una esposa; no aborda la relación entre hombres y mujeres en general. Y finalmente, al decir que “Dios es la cabeza de Cristo”, afirma que incluso Cristo tiene una Fuente a la que honra. El Padre es Su Fuente eterna y, por lo tanto, lo honra al llevar a cabo fielmente Su parte en el plan de Dios. Este último ejemplo, tomado del Padre y el Hijo, nos revela la actitud adecuada en la que deben funcionar todas las relaciones. Aunque el Padre es la cabeza del Hijo, Su relación se caracteriza por el amor y el respeto mutuo. No hay tiranía ni celos. El Hijo elige libremente honrar al Padre, y el Padre se deleita en honrar al Hijo (1 Corintios 15:28). Y es la actitud de Cristo la que Pablo pide que las esposas que demuestren hacia sus esposos cubriéndose la cabeza con un velo durante los servicios de adoración. La razón por la que el velo era importante se aclarará en los siguientes tres versículos.

11:4-6: La costumbre de que un hombre judío se cubriera la cabeza con un velo durante la oración era una práctica que aparentemente aún no había comenzado en la época de Pablo. Él consideraba que la cabeza descubierta de un hombre simbolizaba que Dios era su fuente. Al presentarse ante Dios con la cabeza descubierta, un hombre reconocía que Dios era su protección (vv. 4, 7, 14). Por lo tanto, en un servicio religioso, si un hombre se cubría la cabeza, sería una declaración espiritual errónea. Pero, al parecer, algunas mujeres de la iglesia de Corinto habían decidido que, si los hombres no tenían que cubrirse la cabeza durante el servicio, ellas tampoco. Y, por supuesto, tenían razón. No estaban bajo la ley y podían descubrir su cabeza. Pero en la cultura de aquella época,

quitarse el velo que les cubría el cabello era una declaración social involuntaria. Las mujeres judías normalmente trenzaban su cabello y lo cubrían con un velo en público o durante el servicio como símbolo de modestia (Alfred Edersheim, *Sketches of Jewish Social Life*, Hendrickson, 1994, p. 142 [no está en español]). De esta manera, una mujer cubría su belleza para no llamar la atención. Con esta acción, una mujer casada también reconocía su compromiso con su esposo. En esa cultura, que una mujer dejara su cabello suelto era algo que solo su esposo debía ver. En las bodas judías, después de la ceremonia, la pareja era conducida a la cámara nupcial con el cabello de la novia suelto y libre. En ese contexto, su cabellera descubierta era una hermosa expresión del matrimonio. Pero que las mujeres de Corinto se sentaran así en la iglesia era forzar demasiado las sensibilidades culturales. Sin darse cuenta, estaban haciendo una declaración que las tildaba de inmodestas y, si estaban casadas, de irrespetuosas con sus esposos. Así que, Pablo intenta explicar que, aunque están libres de requisitos religiosos sobre su vestimenta, aún deben considerar el impacto de su comportamiento en los demás. Su declaración sobre una mujer que se corta el cabello o se rapa la cabeza demuestra que esta es su preocupación. Sólo se le cortaba el cabello o rapaba a una mujer acusada de adulterio (Edersheim, p. 142).

Pero este pasaje hay una observación más que es muy importante para nuestra discusión. En el versículo cinco, Pablo menciona específicamente a mujeres que oran y profetizan en las reuniones formales de la iglesia. Es especialmente al hacer estas cosas que él quiere que se cubran la cabeza. Se refiere con naturalidad y sin mostrar ningún indicio de censura a las mujeres que desempeñan esos ministerios. Su única preocupación es la exposición inapropiada que se hace con la cabeza descubierta. Este reconocimiento por parte de Pablo de las mujeres que oran y profetizan en un servicio público debe tenerse presente al leer su declaración en 1 Corintios 14:

“...porque Dios no es un Dios de desorden, sino de paz. Como es costumbre en las congregaciones de los creyentes, guarden las mujeres silencio en la iglesia, pues no les está permitido hablar. Que estén sumisas, como lo establece la Ley. Si quieren saber algo, que se lo pregunten en casa a sus esposos; porque no está bien visto que una mujer hable en la iglesia” (1 Corintios 14:33-35 NVI).

Como mencionamos anteriormente, en los capítulos 11-14, Pablo aborda cuatro problemas que ocurrían cuando la iglesia se reunía para adorar. Aquí, a partir del versículo 33, aborda el cuarto problema de las conversaciones triviales disruptivas. Comienza exponiendo un principio fundamental sobre el carácter de Dios: “Dios no es Dios de desorden [confusión, anarquía], sino de paz...” (v. 33). En otras palabras, si Dios realmente está a cargo de una reunión, esta expresará Su personalidad y, por ende, no degenerará en una ruidosa confusión. Y luego añadió: “...como en todas las congregaciones de los creyentes”. Estaba dando a entender a los corintios que sus servicios ruidosos y tumultuosos eran muy diferentes de las reuniones de creyentes en otras ciudades. Y en ese momento, era improbable que un mundano hubiera asistido a más servicios religiosos que Pablo. Con esas pocas palabras, les informó que eran los únicos que actuaban así. Si lo que hacían estaba realmente bajo el control del Espíritu, como afirmaban, ¿por qué el Espíritu Santo no causó un desorden similar en otros lugares? En cambio, los servicios religiosos en otras

ciudades eran ordenados y pacíficos, y la dignidad de sus reuniones era un testimonio contra la confusión en Corinto.

14:34: Pablo quería que allí se restableciera el orden y la paz. Habiendo abordado la caótica manera en que hablaban en lenguas (vv. 23, 27-28), pasa a otro aspecto de sus reuniones que producía un ruidoso desorden: al parecer, las conversaciones disruptivas se mantenían principalmente entre esposos. En este versículo, Pablo dice: “Que las mujeres en las reuniones guarden silencio, porque no les es permitido hablar; sino que se sometan, como también dice la ley” (literal). Y luego añade: “Pero si quieren aprender algo, que pregunten a sus maridos en casa; porque es indecoroso que una mujer hable en la iglesia” (literal). Es evidente que, de parte de algunas mujeres, debió haber habido constantes preguntas o discusiones irrespetuosas sobre lo que se había dicho. La preocupación de Pablo se centra en la falta de respeto que se demostraba, y tal falta de respeto ocurría principalmente entre cónyuges, porque su afirmación sobre someterse “como dice la ley” no se aplica a las mujeres en general. No hay ninguna ley que diga que todas las mujeres deben someterse a todos los hombres, solo que las esposas deben respetar a sus esposos. Y el único pasaje de la ley de Moisés al que podría referirse en este asunto es el relato de la creación que citó anteriormente (1 Corintios 11:3, 8-9).

Si estos versículos pretendían ser una corrección pastoral para acallar conversaciones triviales disruptivas o intercambios irrespetuosos entre esposas y esposos, entonces la advertencia de Pablo: “Que las mujeres/esposas en las reuniones guarden silencio...” no pretendía censurar a las mujeres que ministraban apropiadamente en los servicios. No estaba imponiendo una nueva ley que prohibiera que las mujeres ministraran según la guía del Espíritu Santo. Estaba trayendo orden, no servidumbre. Pero lamentablemente, si estos versículos se sacan de contexto, ignorando el hecho de que Pablo ya ha reconocido la posibilidad de que las mujeres oren y profeticen en los servicios de la iglesia, entonces pueden usarse para prohibirles ministrar o participar en los dones vocales durante cualquier tipo de reunión donde haya hombres presentes.

En la próxima sección de nuestro estudio examinaremos un pasaje en el que Pablo explica el milagro que toma lugar cuando una persona se une por fe a Jesucristo.

Base Bíblica del Ministerio de la Mujer – Parte 3

Revestidos de Cristo

Gálatas 3:26-28

Pablo se consternó cuando supo que las iglesias que había fundado en Galacia (Turquía central) estaban siendo deliberadamente alejadas de la verdad fundamental del evangelio: que la justicia es un don dado por Dios a quienes se arrepienten y creen, no una recompensa por haber guardado los requisitos de la ley de Moisés. Había evangelizado y reunido en congregaciones a quienes se habían convertido en Antioquía de Pisidia, Iconio, Lистра y Derbe (Hechos 14:1-23), pero después de su partida, unos miembros de la iglesia en Jerusalén habían llegado a la región para intentar convencer a sus discípulos de que él no era un apóstol auténtico y que el evangelio que les había enseñado era falso. Su objetivo era separar a los creyentes judíos de los creyentes gentiles. Esperaban persuadir a los judíos a volver a observar la Torá y a los gentiles a convertirse en judíos que creyeran que Jesús era el Mesías. Sobre todo, querían que los gentiles se circuncidaran, así que intentaron convencerlos de que no se podía ser un cristiano verdadero sin antes convertirse en un verdadero judío (Hechos 15:1, 5). Y el motivo que los impulsó a viajar hasta Galacia no fue una preocupación espiritual por los conversos de Pablo, sino la autopreservación (Gálatas 6:12-13).

Quienes se habían convertido en seguidores de Cristo en Israel, especialmente los que vivían en la ciudad de Jerusalén, sufrían una severa persecución por parte de las autoridades religiosas. Uno de los principales problemas que causaba esa persecución eran los informes que llegaban de otras ciudades sobre judíos que participaban abiertamente con gentiles en las iglesias cristianas. La idea de que los judíos hubieran ignorado las restricciones rabínicas, comenzaran a comer con gentiles y estuvieran en contacto físico con personas ceremonialmente impuras era intolerable. El temor era que los judíos que compartían con gentiles abandonaran esos servicios religiosos y transmitieran tal impureza a sus familiares y amigos judíos. Y nadie fue más responsable de crear esta crisis, que Saulo de Tarso (Pablo) tras su conversión. Donde iba este ex fariseo dejaba iglesias con congregaciones mixtas de judíos, a quienes había persuadido al predicar en sus sinagogas, y de gentiles, a quienes había conquistado en el mercado. Y a medida que los informes de sus actividades llegaban a Jerusalén, la persecución contra la iglesia crecía.

Así que algunos miembros de la iglesia de Jerusalén se encargaron de visitar las iglesias de Pablo para intentar detener esta mezcla de judíos y gentiles que causaba tanta ofensa. Si se lograba detener esa conducta, parte de la furia en Jerusalén podría calmarse. Su plan era simple: debían convencer a los convertidos bajo el ministerio de Pablo de que los había engañado y, que el evangelio que predicaba era falso. El enfoque que adoptaron fue intentar convencerlos de que las antiguas distinciones entre judío y gentil, esclavo y libre, hombre y mujer seguían vigentes. Sin duda, les dijeron que Jesús nunca tuvo la intención de cambiar esas categorías, que detrás de toda

su predicación estaba la suposición de que las reglas levíticas sobre la comida, el parto, el contacto con cualquier muerto, la sangre, las enfermedades, el sábado, etc., permanecerían vigentes. Debieron haber señalado pasajes que decían que los mandamientos de la ley de Moisés nunca pasarían. Y, por supuesto, para lograrlo, tuvieron que atacar personalmente a Pablo. Tenían que “demostrar” que no era realmente un apóstol y que no tenía autoridad para decir lo que decía. Si pudieran persuadir a los creyentes judíos en las iglesias de Pablo a separarse de los no judíos, y a los no judíos a convertirse en prosélitos judíos, podrían regresar a Jerusalén y anunciar que la ofensa que Pablo había creado había sido detenida, y la presión sobre la iglesia allí se aliviaría.

Por lo que, la carta de Pablo a los Gálatas, es su respuesta a estas acusaciones. Admite que ningún ser humano le enseñó el evangelio que predicaba, pero afirma que le fue dado mediante una “revelación de Jesucristo” (Gálatas 1:12). Y luego hace una declaración sobre esa revelación que nos brinda una perspectiva importante. Dice que cuando Dios lo llamó, reveló “a su Hijo en mí para que yo lo predicara entre los gentiles” (Gálatas 1:16, énfasis añadido). En otras palabras, en ese momento comprendió que el Señor Jesús había venido a morar en él por Su Espíritu, y esa comprensión fue fundamental para lo que proclamaría a gentiles y judíos. Proclamaría un evangelio que les ofrecía no solo el perdón de los pecados, sino una unión espiritual con Jesucristo que transformaría radicalmente su relación con Dios y entre ellos.

Basándose en esa revelación, Pablo explica a los gálatas por qué la ley de Moisés ya no era necesaria: algo mucho mayor la había reemplazado. Cada uno de ellos estaba ahora ante Dios “revestidos... de Cristo” (Gálatas 3:27). Y eso significaba que la justicia de Jesús se había convertido en la justicia de ellos, y Su herencia en la de ellos. Esa unión espiritual era tan real que ahora tenían una nueva identidad. Sin importar su historia, etnia, estatus social o género, Dios los veía a todos como “hijos de Dios” y revestidos de Su Hijo. Luego Pablo advirtió a quienes estaban siendo persuadidos por los falsos maestros de Jerusalén que, si ponían su fe en la ley de Moisés, se estaban vendiendo de nuevo a la esclavitud de una ley que no eran capaces de cumplir, y perderían la justicia que su fe en Cristo les había dado. Dijo que no era posible confiar tanto en la ley como en Cristo; debían elegir entre uno u otro.

Al final de esta carta, Pablo resume la verdad fundamental que ha estado tratando de explicar en una simple declaración. Dice: “Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino una nueva creación.” (Gálatas 6:15). Y es esta “nueva creación” la que ahora examinaremos con más detenimiento.

Nuestra unión con Cristo (Gálatas 3:26-28)

En el pasaje que precede a su anuncio sobre la nueva identidad que Dios da a quienes creen en Jesucristo, Pablo deja muy claro que nadie se ha salvado jamás por guardar la ley, ni siquiera Abraham. Para demostrarlo, nos recuerda que Dios proclamó justo a Abraham (Génesis 15:6) cuatrocientos treinta años antes de que se escribiera la ley de Moisés (Gálatas 3:17). Esta no tuvo ninguna influencia en que recibiera el don de la justicia. Y Pablo afirma que, cuando la ley fue

escrita, nunca pudo salvar a la gente debido al pecado. Explica que su propósito era doble. Primero, Dios la dio a Israel para contener el pecado, de modo que Su presencia pudiera permanecer sobre la nación y preservarla hasta que naciera el Mesías (“la simiente”, Gálatas 3:19). A Él, y solo a Él, se le dieron todas las promesas hechas a Abraham (Gálatas 3:16). Así que, solo uniéndose a Él por la fe, cualquiera, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Pacto, podía llegar a ser justo. En segundo lugar, Pablo afirma que la ley fue dada para mostrar las altas normas de Dios, para que nos diéramos cuenta de nuestra desesperada necesidad de Su misericordia (Gálatas 3:22). Fue un medio por el cual Él prepararía el corazón humano para comprender por qué era necesario que Dios enviara a Su Hijo a morir por nosotros (Gálatas 3:24). Fue diseñada para guiar hacia Su misericordia a quienes habían descubierto su pecado. Y finalmente, en este pasaje, Pablo también explica que, mediante Su muerte en la cruz, Jesús hizo posible que tanto gentiles como judíos recibieran la presencia del Espíritu Santo (Gálatas 3:14). Ahora bien, con estas verdades en mente, escuchemos la descripción que Pablo hace de nuestra nueva identidad en Cristo en Gálatas 3:

“Todos ustedes son hijos de Dios mediante la fe en Cristo Jesús, porque todos los que han sido bautizados en Cristo se han revestido de Cristo. Ya no hay judío ni no judío, esclavo ni libre, hombre ni mujer, sino que todos ustedes son uno solo en Cristo Jesús” (Gálatas 3:26-28 NVI).

3:26: Ocurre un cambio milagroso cuando una persona pone su fe en Jesucristo. Se convierte en una “nueva creación” (2 Corintios 5:17). Esa persona no solo es perdonada y mejorada, sino también elevada a un nivel de existencia completamente nuevo. Nuestra identidad cambia drásticamente. Una nueva unión espiritual, similar a la que ocurre cuando dos personas se unen en matrimonio (Efesios 5:29-32), se forma entre la persona y Jesús. Su identidad se convierte en nuestra identidad; Su justicia en nuestra justicia, y Su herencia en nuestra herencia. Y el resultado de esta unión, dice Pablo, es que las viejas categorías humanas que separaban y descalificaban a al ser humano desaparecen. La fe en Cristo nos lleva a una nueva relación con Dios y entre nosotros. Él se convierte en nuestro Padre, no en un sentido metafórico, sino literal. Al unirnos espiritualmente a Su Hijo unigénito, nos convertimos en Sus hijos adoptivos, y todos, seamos hombres o mujeres, recibimos el mismo título: “hijos de Dios”. Pablo usa el término “hijos” no para menospreciar el rol de una hija, sino para enfatizar que la mujer no tiene un estatus inferior. “En Cristo”, las mujeres están ante Dios, junto con los hombres, como “hijos”, porque todos estamos unidos a Jesús, el Hijo. Todos están al mismo nivel, heredan las mismas promesas y pueden ejercer el mismo ministerio.

3:27: Pablo señala el bautismo en agua como una ilustración de cuán completamente, cada creyente, es inmerso en Cristo. Así como fuimos sumergidos en agua, fuimos sumergidos en Cristo. Su justicia y presencia nos envuelven a cada uno de nosotros al punto que Pablo puede decir: “...todos los que han sido bautizados en Cristo se han revestido de Cristo”.

3:28: Entonces, para que no haya duda sobre la diversa gama de categorías humanas a las que se refiere cuando usa el pronombre plural “ustedes”, Pablo detalló categorías que probablemente fueron el centro de la controversia en Galacia: judíos y no judíos, esclavos y libres, hombres y

mujeres. Y en cada caso, dice que esas categorías ya no limitan el potencial espiritual de una persona; la unión con Cristo supera todas las demás. No importaba si una persona era judía o gentil antes de esa unión. Dios no presta atención a tales distinciones. Tampoco importa si una persona proviene de una posición social alta o baja. Y luego se dirige a la última categoría de hombres y mujeres. Dice: “No hay ...hombre ni mujer, sino que todos ustedes son uno solo en Cristo Jesús”. Su lógica es clara: así como las dos primeras categorías no limitan la capacidad espiritual de una persona, tampoco lo hace su género. Unidos a Cristo, hombres y mujeres heredan todo lo que Cristo heredó (Romanos 8:32; 1 Corintios 3:21-23; Efesios 1:18). Y ambos han recibido la misma misión de su Señor: “Por tanto, vayan y hagan discípulos de todas las naciones...” (Mateo 28:19).

Aplicación

Esta verdad libera a todo cristiano. Significa que cada uno de nosotros es libre de servir al Señor de la manera que Él nos llame a servirle. Nos prohíbe descalificarnos al considerar nuestro pasado pecaminoso, nuestra historia religiosa, nuestra etnia, nuestra posición social o nuestro género. En el reino de Dios no hay ciudadanos de segunda clase. Cuando tenemos comunión en la iglesia, cuando el Espíritu Santo nos impulsa a ministrar en uno de los dones espirituales, o nos llama a salir y servirle en la cosecha, estas diferencias no importan. Lo único que importa es que cumplamos el plan de Dios para nosotros, que ejecutemos el propósito para el cual nos diseñó en el vientre de nuestra madre (Salmo 139:13-16). Puede que aún nos veamos iguales por fuera a como éramos antes de unirnos a Jesús, pero la verdad es que somos una “nueva creación”. Cada uno de nosotros está revestido de Cristo y habitado por Él (Gálatas 2:20). Él nos rodea y nos llena.

Pablo se habría enfurecido si hubiera oído que había una iglesia donde los judíos prohibían a los gentiles hablar en un servicio. Incluyó las categorías de esclavo y libre en su lista porque esa horrible institución aún formaba parte de esa sociedad antigua. Y no cabe duda de que su propósito al mencionar la esclavitud era decir que los esclavos no debían ser tratados de forma diferente a los libres. En la iglesia, todos son iguales (Filemón 1:15-17). Así que, cuando añadió las palabras “varón y mujer” a la misma lista, estaba expresando el mismo punto. Las mujeres tampoco debían ser tratadas de forma diferente.

En diferentes épocas y lugares, todas las declaraciones de Pablo sobre la igualdad han sido evadidas, permitiendo que la etnia y los antecedentes religiosos impidan a las personas ser miembros de la iglesia. De hecho, la esclavitud se fomentaba desde ciertos púlpitos. Y en algunas denominaciones, a las mujeres se les prohíbe y se les impide, ministrar a alguien, excepto a otras mujeres y niños menores de cierta edad. En nuestro estudio final exploraremos el pasaje clave que se ha utilizado para apoyar esas limitaciones y anular lo que acabamos de escuchar de Pablo diciéndoles a los Gálatas.

Base Bíblica del Ministerio de la Mujer – Parte 4

Timoteo en Éfeso

1 Timoteo 2:9-14

Lucas terminó de escribir el libro de los Hechos mientras Pablo aún esperaba juicio en Roma (Hechos 28), pero al leer las cartas que Pablo escribió a Timoteo y Tito, descubrimos que debió haber un capítulo más en la vida del gran apóstol. De ser así, podría haber sido que Pablo finalmente fue a juicio ante César y fue declarado inocente, o bien sus acusadores nunca llegaron, y su caso fue desestimado porque estas cartas revelan que fue liberado y regresó a su ministerio durante varios años. Durante ese tiempo, visitó algunas de las iglesias que había fundado, incluyendo Corinto y Éfeso (2 Timoteo 4:20). Pero, lamentablemente, descubrió que durante los años que estuvo preso, ciertos falsos maestros aprovecharon su ausencia, especialmente en Éfeso. Esa iglesia estaba en tan malas condiciones que sintió que debía dejar a Timoteo a cargo mientras visitaba iglesias en el norte de Grecia (1 Timoteo 1:3). Y fue desde el norte de Grecia (Macedonia) que escribió la primera carta a Timoteo. Tiempo después, fue a la isla de Creta y evangelizó todas sus ciudades. Tito fue su compañero de viaje en esa ocasión, y Pablo le pidió que se quedara para “...poner en orden lo que falta y nombrar ancianos en cada ciudad...” (Tito 1:5). Desde Creta, Pablo se dirigió a Nicópolis, una ciudad en la costa oeste de Grecia, donde había decidido pasar el invierno y, parece que le escribió a Tito antes de llegar allí (Tito 3:12). En esa carta, le dio instrucciones sobre cómo manejar ciertos problemas, y al leerla, reconocemos que algunos de los problemas en Creta eran muy similares a los de Éfeso. No sabemos a dónde fue Pablo después, pero tarde o temprano visitó Troas, y es probable que allí fue arrestado tan repentinamente que no pudo llevarse su capa ni sus libros (Hechos 20:6-12; 2 Timoteo 4:13). Alejandro, el calderero de Éfeso, pudo haber sido el responsable de su captura (Hechos 19:33; 2 Timoteo 4:14-15). Luego fue llevado a Roma y encarcelado por segunda vez, y desde allí escribió la segunda carta a Timoteo, quien aún pastoreaba en Éfeso. Esta última carta la escribió desde un calabozo mientras esperaba su ejecución. Instó a Timoteo a “venir antes del invierno” (2 Timoteo 4:21) y a traer la capa y los libros que había dejado atrás (2 Timoteo 4:13).

Falsos maestros

Pablo escribió sus cartas pastorales a Timoteo y Tito unos quince años después de escribir: “Ya no hay... hombre ni mujer, sino que todos ustedes son uno solo en Cristo Jesús” (Gálatas 3:28), y habían ocurrido muchos cambios durante ese período. Todavía advirtió al pueblo acerca de los falsos maestros que ahora enseñaban doctrinas diferentes por una razón distinta. El cristianismo había existido lo suficiente como para desarrollar una cultura de fraude religioso. Ya sea que escribiera a Timoteo o a Tito, en Éfeso o en Creta, parece que siempre había personas presentes

que presionaban agresivamente a la comunidad de la iglesia para posicionarse como maestros de “conocimiento” (1 Timoteo 6:20). Algunos eran judíos de origen, y otros eran gentiles. Algunos basaban sus enseñanzas en mitos judíos e interpretaciones distorsionadas de la ley de Moisés (1 Timoteo 1:3-7). Otros, como Himeneo y Fileto, intentaron combinar el cristianismo con la filosofía griega. Pablo dice que estos dos hombres enseñaban a la iglesia de Éfeso que la resurrección ya había ocurrido (2 Timoteo 2:17-18). Probablemente afirmaban que, cuando los creyentes mueren, nuestros espíritus se unen a Jesús en el cielo, y ese será nuestro estado final. Jesús no regresará físicamente para gobernar en esta tierra, y los creyentes no resucitarán en cuerpos inmortales (2 Timoteo 2:18; 1 Corintios 15:12; 2 Tesalonicenses 2:2). También se enseñaban otras doctrinas falsas. Había quienes prohibían el matrimonio (1 Timoteo 4:3; 1 Corintios 7:1), lo cual pudo haber sido una prohibición de que los judíos se casaran con gentiles o simplemente una glorificación del celibato. Había quienes intentaban enseñar a la iglesia a abstenerse de ciertos alimentos, como probablemente el problema de la carne sacrificada a los ídolos (1 Timoteo 4:3; 1 Corintios 10:25-29). Estos falsos maestros también vivían vidas impías y alentaban conductas impías en otros (2 Timoteo 3:1-9; Tito 1:16). Pablo afirma repetidamente que la motivación de ellos para “enseñar cosas que no deben enseñar” era el dinero (Tito 1:11; véase 1 Timoteo 6:3-5). Usaban estas doctrinas para atraer seguidores y así recibir apoyo financiero. Algunos se habían afianzado entre algunas mujeres, en particular algunas ancianas y adineradas (1 Timoteo 2:9-10; 4:7; 2 Timoteo 3:6-7; Tito 2:3-5). Así que, al escribirle a Timoteo, uno de los objetivos de Pablo era convencerlo de confrontar a esas mujeres y atraerlas hacia la sana doctrina.

Timoteo

En ese ambiente, los servicios religiosos en Éfeso debieron haber vivido momentos tensos y conflictivos que exigieron que Timoteo confrontara al pueblo con valentía y enseñara la verdad. Pero parece que respondió a esta presión guardando silencio. Pablo tuvo que instarlo repetidamente a que reanudara la prédica y la enseñanza porque era evidente que había dejado de hacerlo (1 Timoteo 1:3, 18-19; 4:6, 12-16; 5:1, 20; 6:12-14; 2 Timoteo 1:6-7, 13-14; 2:1-2, 14-15, 24-26; 3:14-15; 4:1-5). Le recordó las profecías que se habían pronunciado sobre él (1 Timoteo 1:18; 4:14; 2 Timoteo 1:6-7) y lo exhortó a no intimidarse por su corta edad (1 Timoteo 4:12). Incluso si tuviera que reprender a un hombre o una mujer mayor, debía hacerlo, pero recordando que debía hablar con respeto (1 Timoteo 5:1-2).

Sin embargo, ¿quién podría culpar a Timoteo por ser “tímido”? (2 Timoteo 1:7). La iglesia de Éfeso era una congregación bien establecida en una ciudad adinerada. Debía estar llena de personas que no se someterían fácilmente a él. Era un misionero pobre quien contaba con su madre y su abuela, pero aparentemente no con su padre. Era mitad judío y mitad griego, y en el judaísmo esa mezcla étnica lo convertía en alguien ceremonialmente impuro, por lo que había crecido como un paria de la sinagoga. Y había acompañado a Pablo en algunos sucesos terriblemente violentos en sus viajes misioneros, sucesos que lo habían traumatizado incluso a él mismo (Hechos 18:9-10).

Sin embargo, Pablo necesitaba que superara esos sentimientos y “peleara la buena batalla” (1 Timoteo 1:18; 6:12).

¿Están las mujeres subordinadas a los hombres a causa de Adán y Eva?

El pasaje que vamos a estudiar es el consejo de Pablo a Timoteo respecto a las mujeres que se negaban a permitirle corregir una falsa doctrina que alguien les había enseñado. Para interpretarlo correctamente, debemos verlo a la luz del conflicto en Éfeso que acabamos de describir. Sin embargo, y con frecuencia, este pasaje se ha usado como “prueba” de que las mujeres, por naturaleza, son más vulnerables al engaño que los hombres y, por lo tanto, todas las mujeres en una iglesia deben someterse espiritualmente a todos los hombres. Jamás, ninguna mujer, según esta interpretación, debería corregir a un hombre ni intentar enseñarle. A pesar de los pasajes que vimos en los estudios anteriores (Joel 2:28-29; Hechos 2:17-18; 1 Corintios 11:5; Gá 3:28), que enseñan que, dentro del Nuevo Pacto, las distinciones como la etnia, la posición social y el género ya no tienen ningún efecto en la capacidad espiritual de una persona, los siguientes versículos se han interpretado en el sentido contrario: que el género aún limita severamente el rol de una persona en la iglesia. Esto es lo que Pablo realmente dice en 1 Timoteo 2:

“En cuanto a las mujeres, quiero que ellas se vestan decorosamente, con modestia y recato, sin peinados ostentosos, ni oro, ni perlas, ni vestidos costosos. Que se adornen más bien con buenas obras, como corresponde a mujeres que profesan servir a Dios. La mujer debe aprender con serenidad, con toda sumisión. No permito que la mujer enseñe al hombre y ejerza autoridad sobre él; debe mantenerse ecuánime. Porque primero fue formado Adán, y Eva después. Además, no fue Adán el engañado, sino la mujer; y ella, una vez engañada, incurrió en pecado” (1 Timoteo 2:9-14 NVI).

2:9-10: Pablo comienza abordando la ropa inmodesta, los peinados recargados y las joyas costosas que usaban algunas mujeres, ya que estos comportamientos generaban conflictos en la iglesia. La ropa provocativa generaba tentación, y los vestidos y las joyas costosas, envidia. Dice que, si una mujer cristiana ha de ser reconocida, debe ser porque la luz del amor de Cristo brilla a través de ella al llevar a cabo el ministerio que Dios le ha encomendado. Esto la reviste con una belleza cristiana, propia de toda mujer que demuestra su reverencia a Dios con sus buenas obras.

2:11: A juzgar por la fuerza de las declaraciones de Pablo en este pasaje, una de las mayores oposiciones a Timoteo provenía de las mujeres. Algunas desafiaban abiertamente su autoridad y rechazaban las doctrinas que intentaba enseñar. Por eso, Pablo le dice que sea valiente e insista en que aprendan de él. Primero, dice: “Que la mujer aprenda en silencio, sin discutir, con genuina sumisión” (paráfrasis). Su primera declaración en este versículo puede traducirse como: “Que la mujer aprenda en silencio...”, pero la palabra griega que usa no significa la ausencia de sonido. Hay otras palabras griegas que sí significan la ausencia de sonido o el silenciamiento de la voz, pero Pablo no las usó aquí. Usó “hesuchia”, que tiene más que ver con la actitud de una persona que con su habla. Describe a alguien que se calma y deja de discutir. De una forma u otra, la palabra

se usa en los siguientes pasajes: Lucas 14:4; Hechos 11:18; 21:14; 22:2; 1 Tesalonicenses 4:11; 2 Tesalonicenses 3:12; 1 Timoteo 2:11-12; y 1 Pedro 3:4. Al leer estos versículos, surge la imagen de una persona que deja de ser contenciosa, y ese es el propósito de Pablo para referirse a estas mujeres. Quiere que se abstengan de discutir con Timoteo, especialmente durante los servicios en la iglesia. La frase que literalmente dice “...con toda sumisión” describe a alguien que mantiene la actitud de estudiante en lugar de convertirse en maestro. Les pide que confíen en Timoteo y crean en lo que les enseña. Sus palabras aquí tienen como objetivo establecer la autoridad de Timoteo y calmar una situación difícil, no definir el potencial ministerial de una mujer.

2:12: A continuación, Pablo dice: “Y no permito que la mujer [o esposa] enseñe ni ejerza autoridad [auto otorgada] sobre el hombre [o esposo], sino que esté en silencio (hesuchia, literal)”. En el flujo de la oración, las palabras “enseñar” y “ejercer autoridad [auto otorgada]” parecen definir una acción en lugar de dos. En otras palabras, Pablo no está hablando de enseñar y autoridad, sino de enseñar de una manera que ejerce un tipo particular de autoridad. Y el tipo de autoridad que quiere que estas mujeres eviten se explica por la palabra griega poco común que elige: “authentein”. La palabra común para “autoridad” es “exousia”, y Pablo usa esa palabra doce veces en otras partes de sus cartas. La palabra “authentein” se basa en el pronombre personal para “sí mismo” (autos) y se usa para describir a alguien que ejerce un nivel de autoridad que nadie le ha dado. Así que, al elegir esta palabra, Pablo revela que su objetivo principal en este caso era frenar a quienes se colocaban en una posición de autoridad sobre Timoteo y le hablaban como si fuera su discípulo. Y como Timoteo era el representante de Pablo, al faltarle el respeto a Timoteo, le faltaban el respeto a Pablo mismo. Naturalmente, él tampoco querría que alguien intentara ejercer una autoridad autocrática sobre Timoteo, pero ese no es el tema que aborda en este pasaje.

2:13-14: En los versículos 11 y 12, Pablo les dijo a las mujeres de Éfeso que aprendieran de Timoteo de manera pacífica. Por supuesto, su mensaje implícito a Timoteo fue: “No te rindas cuando te enfrentes a personalidades fuertes”. Luego, en los versículos 13 y 14, advierte a las mujeres contenciosas que han sido engañadas espiritualmente. Su advertencia se basa en el ejemplo de Adán y Eva, ya que existe una sorprendente similitud entre la situación en Éfeso y el Jardín del Edén. Adán fue creado primero y vivió en el Edén durante un tiempo indeterminado antes de Eva. Durante ese tiempo, cuando estaba solo, Dios le habló y le prohibió comer del árbol del conocimiento del bien y del mal (Génesis 2:16-17). Recibió esa revelación directamente de Dios mismo. Sin embargo, Génesis no registra un incidente similar que involucre a Eva. Ciertamente es posible especular que el tema del fruto prohibido se trató cuando los dos seres humanos caminaron junto al Señor “al aire del día” (Génesis 3:8). Pero una lectura literal del texto indicaría que Eva recibió el conocimiento de este mandato de Adán, y no directamente de Dios. Y es precisamente ese escenario literal el que Pablo aparentemente tenía en mente, ya que convierte estos dos versículos en una poderosa advertencia para las mujeres de Éfeso sin menospreciarlas como un género vulnerable al engaño (“...pero la mujer, siendo engañada”, v. 14). De hecho, convierte este pasaje en un principio universalmente aplicable, que encaja perfectamente con la crisis de Éfeso.

Este es el principio: si Eva escuchó el mandato sobre el fruto solo de Adán, entonces se le habría exigido un nivel de confianza adicional al que se le exigió a él. Así que, cuando fue tentada, tuvo que decidir no solo si obedecería el mandato, sino también si realmente creía que el relato de Adán sobre lo que Dios decía era exacto. Así que, cuando decidió rebelarse, rechazó tanto el mandato de Dios como el testimonio de quien se lo comunicó. La tentación de la serpiente pudo haber sembrado en ella la duda de que Adán había malinterpretado lo que había oído (Génesis 3:4-6). De manera similar, las mujeres de Éfeso tuvieron que decidir si confiar o no en el relato del evangelio que Pablo afirmaba haber recibido directamente de Jesucristo. Debían confiar en que no era una doctrina inventada por él ni enseñada por otro maestro humano (Gálatas 1:11-12). Así como Dios habló primero a Adán y luego Adán a Eva, Dios primero le comunicó el evangelio a Pablo, quien a su vez se lo comunicó a los efesios. Al rechazar el relato de Adán, Eva cayó en el engaño, y al rechazar el relato del evangelio que Pablo dio, las mujeres de esa iglesia cometerían el mismo error que Eva. Ella dudó de Adán; ellas dudaban de Pablo y de Timoteo, su representante. Pablo le había enseñado el evangelio a Timoteo y lo había puesto a cargo de la iglesia de Éfeso. Al escuchar las voces de los falsos maestros, los efesios estaban siendo engañados, tal como Eva fue engañada por la serpiente. Debían dejar de faltarle el respeto a Timoteo y confiar en que les presentaba con precisión el evangelio que conduce a la salvación. Debían aprender con calma, sin discutir, con la actitud de un estudiante en lugar de un maestro. Y si lo hacían, con el tiempo adquirirían una base doctrinal sólida y podrían ascender a los niveles del ministerio al que Dios los había llamado.

Debemos tener cuidado de notar que, en esta discusión, Adán y Pablo no son simplemente representantes de la humanidad en general. Son seres humanos seleccionados por Dios para recibir revelación especial. Pablo no es un maestro más, es un verdadero apóstol, y en este caso Timoteo fue su representante designado. La analogía no se aplicaría de otro modo.

Transformando el corazón

Hay un tema notable que recorre los escritos de Pablo referente a las mujeres. Por un lado, les dice que las restricciones de género han desaparecido y que se han convertido en una “nueva creación”, pero, por otro lado, las exhorta a ser respetuosas con sus esposos y humildes en su trato con los hombres de la iglesia. Al decir ambas cosas, no está siendo incoherente; les pide que elijan vivir desinteresadamente, es decir, que sigan su propio ejemplo (1 Corintios 9:19) y, en última instancia, el de Jesús (Mateo 20:26-28). Jesús se centró, ante todo, en ganar a los perdidos, por lo que les dijo a Sus seguidores que “pusieran la otra mejilla” y “anduvieran la segunda milla” (Mateo 5:39, 41). Pero también comprendió el poder transformador del Nuevo Pacto que traía. Se convertiría en “levadura en la masa” o como “un grano de mostaza sembrado en un jardín” (Mateo 13:31-33). Un cambio de corazón transformaría las relaciones, y una transformación de las personas transformaría las sociedades en las que vivían. El objetivo de Pablo era cambiar el corazón de hombres y mujeres, y cuando eso sucediera, sabía que ambos serían libres de seguir al Señor a donde Él los guiara.